

ÁLVARO LOZANO

**MUSSOLINI Y EL FASCISMO
ITALIANO**

Marcial Pons Historia

2012

Índice

	<u>Pág.</u>
1. Introducción.....	13
2. La debilidad de la Italia liberal.....	21
3. El socialista que quiso ser emperador.....	61
4. El ascenso del fascismo: 1919-1922.....	101
5. ¿Un régimen totalitario?.....	159
6. ¿«Transformando Italia»? La economía fascista.....	211
7. La vida en la Italia fascista.....	251
8. ¿«Grande, temida y respetada»? La política exterior.....	315
9. Hacia el abismo. Italia en guerra, 1940-1943.....	399
10. La república de los seiscientos días.....	487
11. Interpretaciones del fascismo.....	521
12. La responsabilidad antifascista. Conclusión.....	535
13. Selección bibliográfica.....	553
14. Cronología.....	571
15. Glosario.....	579
16. Algunas personalidades del período.....	585
17. Anexos.....	595
18. Índice onomástico.....	607

1

Introducción

«No es posible realizar un retrato de Mussolini sin bosquejar también un retrato del pueblo italiano. Sus virtudes y sus defectos no son sólo suyos; son, en realidad, las cualidades y los defectos de todos los italianos».

Curzio Malaparte.

El 25 de abril de 1945, Benito Mussolini, de sesenta y un años, *Duce* del fascismo, líder de Italia durante dos décadas, fue informado por sus colaboradores de que las fuerzas alemanas en Italia se habían rendido a las británicas y estadounidenses, que avanzaban trabajosamente hacia el corazón del Reich alemán. Sus aliados y protectores le habían abandonado, y sabía a ciencia cierta que se tendría que enfrentar a la implacable furia de sus compatriotas. Deprimido pero desafiante, declaró que continuaría la lucha en las montañas con la colaboración de 3.000 camisas negras, su milicia armada.

Mussolini abandonó Milán con un pequeño grupo de seguidores y sus guardaespaldas de las SS. Se dirigió a la localidad de Como, donde esperaba encontrarse con una numerosa fuerza de fascistas leales. Llegó la tarde del día 25. Allí no encontró ni rastro de la fuerza esperada, por lo que decidió regresar a las montañas, a la pequeña localidad de Grandola. Una vez allí, se encontró con el cuerpo principal de las fuerzas fascistas. El *Duce* deseaba saber cuántos hombres estaban en condiciones de proseguir la lucha armada. Al no recibir respuesta alguna del comandante de las fuerzas fascistas, volvió a preguntar: «Bien, dígame, ¿cuántos?». «Doce» fue la avergonzada y tímida respuesta.

Las ilusiones que podía albergar Mussolini de seguir combatiendo se desvanecieron en ese momento. El hombre que había presumido de poseer un ejército de «ocho millones de bayonetas» y una formidable fuerza aérea capaz de «oscurecer el Sol», el orgulloso líder que había declarado en su día que contaba con el apoyo incondicional del

95 por 100 de los italianos, ya no contaba más que con una docena de seguidores¹.

Perdida toda esperanza, sus colaboradores convencieron al *Duce* de sumarse a una caravana de vehículos alemanes que se dirigía hacia la frontera austriaca. Su mujer y sus hijos pequeños se quedaron en la localidad de Como. Entre los miembros del convoy iban su amante, Clara Petacci, y el hermano de ésta, disfrazados con el fin de hacerse pasar por el cónsul español y su esposa. Mussolini intentó pasar desapercibido con un casco y un capote del ejército alemán: se acomodó en la cabina de un camión alemán y se echó una manta por encima para protegerse del fresco aire primaveral. Unos kilómetros más adelante, en la localidad de Musso, fueron detenidos por un grupo de partisanos que horas antes habían bajado de las montañas en busca de cigarrillos y se habían enterado de que una columna de vehículos se dirigía hacia el lugar donde se encontraban. Ese grupo de partisanos se presentaba como miembros de la 52.^a Brigada garibaldina. Los partisanos realizaron varios disparos hasta que el convoy se detuvo. Uno de estos partisanos, llamado Giuseppe Negri, al efectuar una revisión de los vehículos, se encontró con un hombre tumbado en la parte posterior de un camión. «¿Eres italiano?», preguntó. Mussolini esperó unos segundos y respondió: «Sí, soy italiano». «Excelencia —exclamó el sorprendido guerrillero—, ¡es usted!». Otro de los partisanos, utilizando un dialecto (prueba evidente del fracaso fascista de homogeneizar Italia) gritó: «*Ch'è che el crapun!*» («¡Hemos atrapado el pez gordo!»). Una vez recuperados de su sorpresa, los partisanos arrestaron al antiguo dictador y le condujeron al Ayuntamiento de Dongo². El guerrillero Urbano Lázaro recordaría así el encuentro: «Tenía la cara como la cera y la mirada vidriosa, aunque parecía como si no viese. Me di cuenta de que estaba completamente agotado, pero no tenía miedo. Mussolini parecía carecer por completo de voluntad, parecía espiritualmente muerto»³. En Milán, Sandro Pertini, miembro del Comité de Liberación Nacional y futuro presidente de la República Italiana, al enterarse de la detención afirmó que Mussolini debía ser fusilado como «un perro rabioso»⁴.

Desde el Ayuntamiento, Mussolini y su amante fueron conducidos a una granja de labranza que utilizaban los partisanos. Hacia las cuatro de

¹ Una descripción detallada de las últimas horas de Mussolini en F. W. DEAKIN, *The Last Days of Mussolini*, Harmondsworth, 1966.

² Las últimas horas de Mussolini han sido objeto de un gran debate. Sobre las diferentes versiones, véase R. J. B. BOSWORTH, *Mussolini*, Barcelona, 2003, cap. 1.

³ *Ibid.*, p. 49.

⁴ U. LAZZARO, *Dongo: mezzo secolo di menzogne*, Milán, 1993, pp. 45-46.

la tarde del 28 de abril, un hombre irrumpió en la habitación de Mussolini y le gritó: «Daos prisa. He venido para liberaros». Fueron sacados de la casa y conducidos a un vehículo. Unos minutos más tarde, el vehículo se detuvo y se ordenó a la pareja que descendiese. El *Duce* y Clara Petacci fueron inmediatamente fusilados. Las armas fallaron en el primer intento, y Mussolini, según el comandante del pelotón de ejecución, se estremeció de miedo, «ese miedo animal que manifiesta uno ante lo inevitable». Los occisos fueron cargados en la parte trasera del vehículo y transferidos a un camión donde yacían los cuerpos sin vida de otros cinco fascistas. A Mussolini se le situó en lo alto de la pila de cadáveres. En Milán, los cadáveres se unieron al del líder fascista y reconocido antisemita, Roberto Farinacci⁵.

Al día siguiente, los restos de Mussolini y de su amante fueron colgados boca abajo en un tejado de la piazzale Loreto de Milán para ser objeto de las burlas y el desprecio de los allí congregados. El lugar no había sido elegido al azar, pues la mañana del 10 de agosto de 1944 los alemanes habían ordenado el fusilamiento de quince partisanos en ese lugar. El cadáver de Mussolini, tras pasar el día colgado, fue trasladado al Istituto di Medicina Legale de la Universidad de Milán. Allí fue limpiado y medido. Mussolini pesaba, muerto, 62 kilos, y medía 1,66 metros. Las autoridades estadounidenses insistieron en participar en la autopsia, y una parte del cerebro del *Duce* fue enviado a Estados Unidos para intentar (en vano) demostrar que éste había sido una persona desequilibrada con serios problemas psicológicos⁶.

Fue el ignominioso final del hombre que había dominado Italia durante veinte años, el hombre que se jactaba de haber inventado el fascismo, el hombre que había barrido al antiguo régimen liberal y que había prometido convertir a su país en una nación «grande, temida y respetada». Fue también el fin del movimiento que había liderado durante años: el fascismo italiano.

El movimiento fascista de Mussolini fue una de las tres principales respuestas al enorme desafío de organizar la sociedad de masas que emergió a finales del siglo XIX, y que surgió de forma explosiva tras la Primera Guerra Mundial.

La democracia liberal, una extensión del liberalismo decimonónico, continuó con la defensa de los intereses y valores individuales y de una pluralidad de partidos y grupos de interés. Sin embargo, hacia principios

⁵ H. FORNARI, *Mussolini's Gadfly: Roberto Farinacci*, Nashville, 1971, p. 214.

⁶ S. LUZZATTO, *Il corpo del Duce: Un cadavere tra immaginazione, storia e memoria*, Turín, 1998, p. 57.

de la década de 1920, muchos dudaban de que tal sistema fuese capaz de evitar que una sociedad política se fragmentase bajo el terrible impacto de las tensiones económicas y sociales generadas por la guerra.

Desde 1917, la Revolución bolchevique ofrecía ya una visión alternativa de solidaridad y unión: la organización de la sociedad de masas sobre la base del estatuto individual como trabajador o campesino. El ideal bolchevique, basado en la clase, no sólo negaba el individualismo liberal, sino también ciertas formas de solidaridad, como la nación o la raza.

Sin embargo, la solidaridad nacional y racial formó el núcleo de una tercera forma de organizar la sociedad de masas. Se impondría la unidad, pero ésta estaría basada en el nacionalismo extremo (en el caso del fascismo) o en el racismo (como propugnó el nazismo). Un mito de renacimiento racial o nacional ofrecería a la sociedad la oportunidad de salir de la crisis, del declive y la fragmentación social que amenazaban a Europa tras la Primera Guerra Mundial, situación que ha sido definida como «la crisis de entreguerras»⁷.

Esta crisis, que asoló a Europa entre 1918 y 1939, derivaba del impacto devastador de la Primera Guerra Mundial, por su condición novedosa de guerra total, industrial y de masas, sobre los fundamentos del orden liberal y capitalista tradicional. La devastadora sangría demográfica, la interrupción del comercio internacional, la destrucción del tejido industrial europeo, la quiebra del sistema monetario que había gravitado sobre el patrón oro y la inflación resultante de la financiación del enorme esfuerzo de guerra fueron algunos de los factores más destacados de la ruina económica que se abatió sobre Europa. En el orden moral, la guerra afectó a toda una generación, que se definió como excombatiente; algunos, como Adolf Hitler y Benito Mussolini, desempeñaron un papel destacado en el desencadenamiento de la aún más devastadora Segunda Guerra Mundial.

La Gran Guerra (como llamaron sus protagonistas a la Primera Guerra Mundial) marcó un punto de ruptura en el desarrollo de la política italiana. La guerra no había generado nada nuevo, pero aceleró las tendencias económicas sociales y políticas que ya venían operándose en el seno de la sociedad italiana. Los europeos de ese período vivían angustiados por la búsqueda de la unidad y por el auténtico terror a la desintegración de sus sociedades y naciones. Existía el sentimiento generalizado de que un mecanismo clave de la civilización occidental ya no funcionaba y, tanto en la derecha política como en la izquierda,

⁷ R. GRIFFIN, *The Nature of Fascism*, Londres, 1994, cap. 4.

predominaba el sentimiento de que tan sólo el cambio revolucionario, o medidas heroicas, podría proporcionar soluciones válidas y duraderas. El pánico a que el sistema se derrumbase llevó a muchos a buscar «soluciones totales». En ese sentido, el fascismo proponía, al menos en teoría, una visión «totalitaria» del futuro⁸.

Las condiciones propicias para la toma del poder por el fascismo en Italia surgieron, en gran parte, por la incapacidad de los gobiernos liberales posteriores a la unificación italiana de involucrar a una mayor cantidad de población en los asuntos políticos internos. Los políticos italianos tardaron mucho en reformar el sistema político de modo que pudiera integrar a una base más amplia de la población. Cuando surgió una auténtica democracia, lo hizo con una rapidez explosiva en un momento, además, en que Italia se enfrentaba a la desmovilización, a los efectos devastadores de la Primera Guerra Mundial, a una aguda crisis económica, al descontento social y a las frustraciones nacionalistas. Es probable que esos problemas hubiesen podido ser absorbidos por un sistema parlamentario firme y estable, algo inexistente en Italia.

El auténtico dilema de los gobiernos italianos fue el tener que hacer frente, al mismo tiempo, a un problema social muy complejo: la aparición de las «masas» en el escenario político. No fue un problema exclusivamente italiano, pues se trató de un proceso común a otros Estados europeos. Sin embargo, en el caso italiano, el agravante en la posguerra fue que una gran parte de la población no se sentía vinculada políticamente a ningún partido. Entre ellos se encontraban dos grandes grupos: los veteranos de guerra que se sentían poco recompensados por sus enormes sacrificios en el frente de batalla y despreciados por la izquierda, y un grupo heterogéneo de clase media formado tanto por nuevos grupos sociales urbanos ambiciosos, como por sectores temerosos y resentidos, más parecidos a la pequeña burguesía en declive de la que hablaba Karl Marx. Estos italianos que no se encontraban vinculados al liberalismo tradicional ni al catolicismo político, ni todavía al socialismo, conformaban la base del movimiento fascista que llegó al poder entre 1920 y 1922.

Fue en esas complejas circunstancias en las que entró en escena un líder audaz con un mensaje de renovación nacional: Benito Mussolini, fundador del Partido Nacional Fascista (PNF) en 1921. Mussolini se había alejado radicalmente del socialismo de su juventud y había abandonado el Partido Socialista Italiano en 1914. Al acercarse al nacionalismo

⁸ A. DE GRAND, *Italian Fascism. Its Origins & Development*, Nebraska, 2000, p. X.

y a la extrema derecha, Mussolini traicionaba el legado socialista de su padre y trocaba los conceptos de hermandad internacional y de división de clases por un nacionalismo violento e intolerante. Su experiencia en la dura realidad de la Primera Guerra Mundial tan sólo agudizó sus tendencias nacionalistas, permitiéndole manipular el ambiente de pesimismo y desilusión de la posguerra para llegar al poder en 1922. A partir de ese momento, Mussolini se enfrentó a un conflicto entre las exigencias del poder político y los sueños radicales de muchos fascistas.

Mussolini demostró ser, en muchos aspectos, un político pragmático, capaz, por ejemplo, de lograr un delicado compromiso con la Iglesia católica debido a las exigencias y las necesidades del momento. Sin embargo, no resulta acertado desacreditar a Mussolini describiéndole como un mero oportunista obsesionado por permanecer en el poder a cualquier precio. A pesar de todas las debilidades que demostró el fascismo, Mussolini tuvo una visión de lo que deseaba para la sociedad italiana. La historia política de Mussolini fue, en gran parte, un intento de solventar las fracturas y las enormes tensiones entre la ideología fascista, en particular de sus miembros más extremistas, y las exigencias prácticas de las labores de gobierno, con un poder limitado por fuerzas tradicionales y poderosas, como la monarquía, la Iglesia católica y el ejército italiano. Sin duda, la naturaleza de la carrera política de Mussolini se comprende mejor al analizar en qué se convirtió el fascismo que el modo en el que comenzó.

La tesis principal de esta obra es que la dictadura fascista, basada en delicados compromisos, fue compleja y contradictoria. Sus logros, en particular en los inicios del régimen, resultan innegables, pero el balance final es ciertamente negativo. El fascismo quedó muy lejos del «totalitarismo» que defendía, ya fuese éste un proceso continuo o una realidad concreta. El fracaso en el logro de ese «totalitarismo» no se debió tanto a factores externos o circunstanciales, como a características intrínsecas del régimen tal y como éste se desarrolló a partir de 1922.

Durante el proceso de consecución del poder, Mussolini mantuvo su estrategia de compromiso con los grandes centros de poder económico y financiero y, posteriormente, religioso. La existencia de grupos de intereses autónomos y conservadores en Italia (la monarquía, la industria, los *agrari*, las fuerzas armadas y el ejército) fue parte integral del régimen fascista, en particular durante la década de 1930. La continua influencia de estos grupos hizo al régimen menos fascista y menos «totalitario» de lo que defendía o lo que sugerían las apariencias. La consecuencia de la disolución del supuesto poder «totalitario» del régimen tuvo, irónicamente, el efecto de reforzar de un modo considerable la autoridad personal de Mussolini. A cambio de mantener a toda costa su indepen-

dencia, los aliados conservadores del *Duce* abandonaron cualquier idea de una acción concertada y cedieron a Mussolini una gran libertad para formular y poner en práctica políticas generales, en particular en materia de política exterior.

Al final, el régimen fascista fracasó estrepitosamente en la guerra, cuando ésta constituía una de las actividades primordiales en la teoría y el imaginario del fascismo. Aunque no fue la dictadura más brutal (ese triste honor corresponde a las de Hitler y Stalin), sus excesos y crímenes no han de ser olvidados; es por ello por lo que son analizados en esta obra. Cualquier análisis del fascismo debe ser, además, un estudio de la efectividad y de los peligros inherentes a una propaganda desmedida. El fascismo utilizó todos los medios a su alcance, desde los modernos medios de comunicación hasta los colegios, para construir una serie de mitos muy convenientes. Esos mitos tenían la misión de convertir a Italia en una potencia orgullosa y dominante en el mundo. Sin embargo, la falta de opiniones críticas condicionó el desempeño del ejército italiano en la Segunda Guerra Mundial y condujo a su consecuencia más directa: la destrucción del régimen.

Este libro describe una época trascendental de la historia de Italia, aunque es también una forma de acercarse a un período clave de la historia de Europa. Narra la vida de un hombre, Benito Mussolini, pero, a través de ella, narra también muchas otras. Es la historia de un país, pero arroja luz sobre la de otros muchos que se vieron directa o indirectamente involucrados en el colapso moral y la ruptura de los diques de la civilización que convirtió a Europa en el «Continente Oscuro» del siglo XX⁹.

En 1936, el historiador Élie Halévy afirmó que el mundo había entrado de forma irreversible en la «era de las tiranías». Para Halévy, la extensión de las ideas nacionalistas y socialistas, unida al avance del poder del Estado durante la Gran Guerra, había tenido como consecuencia que el individualismo y el liberalismo dejaran de ser en muchos países la base de la legitimidad del poder¹⁰. La gran paradoja de la edad de las masas fue que ésta estuvo acompañada de la aparición de personalidades y líderes carismáticos, como Hitler, Stalin y Mussolini, que tuvo consecuencias catastróficas para la humanidad.

Para comprender mejor la carrera de Benito Mussolini y las fuerzas que ayudó a crear, primero es necesario situarlo en el contexto histórico.

⁹ M. MAZOWER, *Dark Continent. Europe's Twentieth Century*, Londres, 1998.

¹⁰ E. HALÉVY, *L'ère des tyrannies. Etudes sur le socialisme et la guerre*, París, 1990.

Mussolini fue un hijo de su tiempo, pero fueron las peculiares circunstancias de la sociedad italiana a principios del siglo xx las que le hicieron susceptible a la dinámica del fascismo.

El 23 de diciembre de 1940, con las tropas alemanas avanzando imparables sobre Francia, Winston Churchill, en un mensaje radiofónico al pueblo italiano, afirmó: «No niego que Mussolini sea un gran hombre, pero nadie puede negar que, tras dieciocho años de poder sin restricciones, ha llevado a vuestro país al terrible borde de la ruina. Es un hombre quien, en contra de la Corona y de la familia real italiana, en contra del papa, de la autoridad del Vaticano y de la Iglesia católica romana, en contra de los deseos del pueblo italiano, que no estaba ansioso por participar en esta guerra, ha puesto en formación a los depositarios y herederos de la antigua Roma, junto a los feroces bárbaros y paganos». En una frase que se haría célebre proclamó: «Un hombre, y únicamente un hombre» era el responsable del destino de Italia¹¹.

En ese momento, esta última frase fue considerada como una muestra más de propaganda, materia que el líder británico dominaba con maestría, aunque, como historiador y líder político, Winston Churchill sabía bien que se trataba de una falacia. Sin embargo, tres años después, más de cuarenta millones de italianos deseaban que fuera cierta¹².

¹¹ M. GILBERT, *Finest Tour: Winston S. Churchill, 1939-41*, Londres, 1983, p. 960.

¹² El historiador B. R. Sullivan acepta esa visión personal de Churchill: «“Where one man, and only one man led”. Italy’s path from non-alignment to non-belligerency to war, 1937-1940», en N. WYLIE (ed.), *European Neutrals and Non-Belligerents during the Second World War*, Cambridge, 2002, p. 149.